

el mentía á menudo sin reconocerlo. Naturalmente, yo no me atrevía á decirselo.

—Vaya otra partida,—dijo Volodia, moviendo el hombro con el mismo *tic* de papá y barajando los naipes.

—Continuaremos más tarde,—dijo Dubkof;—pero al fin y al cabo, ¡vaya otro juego!

Mientras estaban jugando, observé sus manos. Las de Volodia eran grandes, pero bellas. Noté que Volodia manejaba las cartas y se descartaba doblando los dedos lo mismo que mi padre, y sus manos se asemejaban entonces de un modo tal, que me me pregunté si mi hermano no lo hacía adrede para imitar á un hombre, pero me bastó mirar su rostro para convencerme de que estaba preocupado por el juego.

Dubkof, en cambio, tenía las manos pequeñas, regordetas y muy ágiles; tenía la mano propia para llevar sortijas, la mano de las personas acostumbradas á manejar bibelots delicados ó á ejecutar trabajos en que es indispensable la destreza.

Volodia debía perder, porque el desconocido al mirar sus cartas afirmó que Vladimiro Petrovitch tenía mala estrella, y Dubkof, al acabar, sacó la cartera y escribió una nota que mostró á Volodia preguntándole:

—¿Está bien?

—Muy bien,—dijo Volodia afectando la mayor sangre fría.—Ahora vámonos.

Volodia hizo subir á su coche á Dubkof y yo tomé asiento en el de Dmitri.

—¿A qué juegan?—pregunté á Dmitri.

—Al piquet. Es un juego necio, como todos los juegos.

—¿Juegan mucho?

—No, pero de cualquier modo eso no está bien.

—¿No juega usted?

—No, he dado mi palabra de no jugar. Por otra parte, Dubkof no puede menos de ganar.

—Eso no está bien—dije.—Volodia juega evidentemente menos que él.

—Cierto que no está bien, pero tampoco es un gran mal. Dubkof ama el juego y juega bien, lo que no le impide ser un buen muchacho.

—No creía yo compatible...

—No se puede dudar de él, porque es todo un caballero. Le quiero mucho y le querré siempre á pesar de sus defectos.

Adiviné que Dmitri defendía á Dubkof con calor exagerado cabalmente porque no le estimaba, aunque no se atreviese á confesarlo para no ser acusado de inconstancia. Dmitri era uno de esos hombres que permanecen fieles toda la vida á sus amigos, no tanto porque los juzgan siempre dignos de su afecto, como porque una vez han concedido su amistad á un hombre no les parece leal retirársela, aun convencidos de que no la merece.

CAPITULO LVII

En donde se me festeja

Dubkof y Volodia conocían de nombre á todo el personal de casa Iar desde el portero hasta el dueño y todos se deshacían en cortesías dirigidas á los dos jóvenes. En seguida nos dieron un gabinete particular y nos sirvieron una comida magnífica encargada por Dubkof. La botella de *champagne frappé* estaba allí dispuesta y yo me esforzaba al mirarla en conservar un aire indiferente. La comida fué muy regocijada y me divertí mucho, aunque Dubkof nos contaba según su costumbre las historias más tétricas: después de todo bien podían ser verdaderas. Nos contó,

entre otras cosas, que su abuela sorprendida por tres ladrones, les mató á los tres con un mosquete. Al oír esta historia me sonrojé, bajé los ojos y volví la cara. Volodia, por su parte, se sobresaltaba cada vez que yo abría la boca. (No tenía razón porque recuerdo que aquella noche no solté ninguna necedad). Al escanciarse el champagne bebieron todos á mi salud y Dubkof y Dmitri «á nuestro futuro tuteamiento como prueba de confianza mayor» y después de esto me abrazaron. Como no sabían quién pagaría el champagne (después me dijeron que cada cual pagó su parte), quise obsequiarles con una copa; empecé á tentarme el bolsillo, saqué sin ser notado un billete de diez rublos y llamé al mozo diciéndole en voz baja, pero no tanto que no pudiesen oírme todos los amigos que me miraban en silencio: «Tenga usted la bondad de traernos otra media botella de champagne.» Volodia se puso como la grana y noté que le acometía el tic del hombro y nos miraba á todos con sorpresa, por lo cual comprendí que había cometido una falta. Sin embargo, esto no impidió que bebiésemos con mucho gusto la media botella.

La comida continuó en medio de la mayor alegría. Dubkof charlaba sin cesar y Volodia también dijo lindezas con una soltura de que no le creía capaz. Se rió mucho. Su fuerza cómica consistía en referir con muchos y variados visajes la anécdota tan conocida: «¿Habéis estado en el extranjero?—No, pero mi hermano toca el violín.» Habían llevado el género á la perfección del absurdo. Por ejemplo, en la anécdota que he citado el segundo respondía: «No, mi hermano no ha tocado nunca el violín.» A cada pregunta respondían del mismo modo, y aun sin responder á nadie, asociaban en sus discursos dos ideas completamente disparatadas, expresándolas con la mayor gravedad. El caso era harto grotesco.

A mi vez, adopté este método y probé á contar algún chascarrillo, pero me oyeron con indiferencia y bajaron

los ojos, en una palabra, hice fiasco. Dubkof declaró que el diplomático «divagaba,» pero el champagne y la compañía de los mayores me habían comunicado tal alegría que apenas noté la observación. Sólo Dmitri no reía, aunque había bebido tanto como los demás; su aspecto severo nos impidió charlar y reír con entera libertad.

—Oidme, señores,—dijo Dubkof,—es preciso que después de comer empecemos la educación del diplomático. Llévemoslo á casa de la *tía*.

—Nekliudof no querrá venir—objetó Volodia.

—¡Eres insoportable con tu seriedad! ¡Insoportable!—exclamó Dubkof dirigiéndose á Dmitri.—Vamos todos juntos y verás que buena señora es esa *tía*.

—No sólo no iré, sino que le prohibo que vaya,—respondió Dmitri sonrojándose.

—¿A quién? ¿al diplomático? Tú vienes ¿no es verdad, diplomático? Miren como se le han encandilado los ojos al oír hablar de la *tía*.

—No se lo impido,—añadió Dmitri, levantándose y empujando á pasear por la habitación sin mirarme;—sólo le aconsejo, le ruego que no vaya. Ya no es un niño y si quiere puede ir él solo, sin vosotros. Debieras avergonzarte, Dubkof; obras mal y pretendes que los demás te imiten...

—¿Qué hay de malo en eso?—dijo Dubkof guiñando el ojo á Volodia.—¿Os invito á tomar una taza de té en casa de la *tía*? Si no te cuadra, no tienes más que dejar de venir; yo iré con Volodia. ¿Vendrás, Volodia?

—¡Ejem!—exclamó Volodia en tono afirmativo.—Vamos y cuando salgamos volveremos á mi casa á concluir nuestro piquet.

—Veamos; tú quieres ir con ellos ¿sí ó no?—me dijo Dmitri acercándose al diván en que yo estaba.

—No,—respondí haciéndole sitio.—No tengo deseo alguno y aun cuando no me lo hubieses aconsejado, no hubiera ido.

Se sentó á mi lado y añadí en voz baja:

—No, no he dicho la verdad, quisiera ir con ellos, pero estoy contento de no hacerlo.

—Está muy bien,—dijo.—Vive á tu manera y no te dejes guiar por nadie; es lo mejor.

Esta discusión, no sólo no turbó nuestra alegría, sino que contribuyó á hacerla más ruidosa. Dmitri, de pronto, recobró buen humor y se mostró amable como yo quería. Noté después con frecuencia que estos cambios suyos dependían del convencimiento de haber hecho una buena acción. Entonces estaba contento por haberme salvado y no cabía en sí de alegría. Pidió otra botella de champagne (cosa contraria á sus principios) invitó á beber á un señor que pasaba, cantó el *Gaudeamus igitur* invitándonos á hacerle coro y propuso ir á pasear en coche hasta Sokolnik, pero Dubkof les observó que este programa era demasiado sentimental.

—Divirtámonos,—dijo Dmitri sonriendo.—He bebido un poco más de lo conveniente, en honor tuyo, por primera vez en mi vida.

Este género de alegría no se avenía con el carácter de Dmitri. Tenía el aspecto de un preceptor ó de un buen padre de familia que, estando contento de sus hijitos, se esfuerza en hacerles reír y enseñarles al mismo tiempo que puede uno divertirse honestamente.

Sin embargo, su animación imprevista nos excitó á todos, tanto más cuanto que habíamos bebido una media botella de champagne por barba.

En esta disposición de ánimo tan placentera salí con los demás para fumar un cigarrillo que me había dado Dubkof.

Cuando me levanté, sentí que mi cabeza no estaba muy firme, que mis pies se movían con dificultad y que las manos conservaban su posición normal sólo cuando ponía en ello cierto empeño. Cuando me descuidaba un poco, mis pies iban de un lado á otro y las manos se movían de

mil maneras distintas. Concentré toda mi atención en las extremidades de mi cuerpo y ordené á las manos se levantasen para alisar los cabellos y abotonar el capote, acto que ejecutaron levantando mucho los codos.

Mandé después á los pies que me condujeran á la puerta y obedecieron, pero de un modo anormal; ora pisaban el pavimento con demasiada fuerza, ora lo rozaban apenas; el izquierdo especialmente tendía á andar con sólo la punta. Una voz me gritó: «¿A dónde vas? Ahora traen la luz.» Adiviné que era la voz de Volodia y me alegré; por toda respuesta me sonreí y seguí andando.

CAPITULO LVIII

Visitas á los amigos

El día siguiente era el último día de nuestra estancia en Moscou y tenía que hacer algunas visitas que me había encargado papá, anotándolas de su puño y letra en una hoja de papel.

Nuestro padre no se interesaba tanto por nuestra educación y nuestra conducta moral como por nuestras relaciones sociales. Con su escritura rápida y confusa había apuntado lo siguiente:

- 1.º A casa del príncipe Ivan Ivanovitch: *indispensable.*
- 2.º A casa de los Ivine: *indispensable.*
- 3.º A casa del príncipe Mikhail.
- 4.º A casa de la princesa Nekliudof y de la señora Valakhine: *si no te falta tiempo.*

Venían después el rector y los profesores, pero Dmitri me aseguró que estas visitas resultaban inútiles. Era pre-

ciso hacer las demás aquel mismo día y las dos primeras, las indispensables, me fastidiaban mucho.

El príncipe Ivan Ivanovitch había sido general de división, era viejo, rico y vivía solo, por lo que las relaciones entre él y un estudiante de diez y seis años no podían tener nada de lisonjero para el último, ó al menos así lo comprendí.

También los Ivine eran muy ricos y el padre un alto funcionario que nos había visitado una sola vez en nuestra casa, cuando aún vivía mi abuela. Después de la muerte de ésta, noté que el más joven de los Ivine huía de nosotros y se daba mucho tono. Oí decir que el mayor había concluido sus estudios de derecho y había entrado en la Administración en Petersburgo y que también el segundo, Sergio, mi antiguo ídolo, que estaba muy crecido y grueso, se hallaba en la Capital y era cadete del Cuerpo de pajes.

En mi juventud, no sólo no pude resistir á los que se creían superiores á mí, sino que su compañía se me antojaba un verdadero suplicio, pues sin cesar temía recibir una afrenta y concluí por dirigir mis esfuerzos á un solo fin: afirmar enfrente de los demás mi independencia.

De todos modos, desde el momento en que suprimía el final del programa de papá, era preciso que atenuase mi culpa ejecutando fielmente la primera parte. Me paseaba por la habitación contemplando mi uniforme, sombrero y espada, colocados en una silla, y me estaba vistiendo para salir, cuando recibí la visita del viejo Grapp y de Iline que venían á felicitar-me.

El padre Grapp era un alemán, establecido hacia mucho tiempo en Rusia, humilde y ceremonioso de un modo insoportable y que á menudo empinaba el codo. Las más de las veces venía á nuestra casa porque necesitaba algo y papá de vez en cuando le recibía en su despacho, pero nunca le había invitado á comer. Aunque era muy pedigrüño y fastidioso, tenía el aspecto de un hombre de bien

y estaba tan acostumbrado á frecuentar nuestra casa, que no podíamos menos de agradecerle el afecto que al parecer nos profesaba. Con todo, nunca me fué simpático y cuando le oía charlar me avergonzaba por él.

Esta visita me contrarió mucho y no traté de ocultarlo.

Iline había sido admitido en la Universidad, como yo, y acostumbrado á tratarle bajo un pie de insolente superioridad, cosa que él parecía consentir gustoso, me disgusté al verle tan estudiante como yo y creí notar que él mismo sentía cierto embarazo y se avergonzaba de esta igualdad. Les di los buenos días con mucha indiferencia y mandé que enganchasen sin invitarles á sentarse, porque me parecía que lo harían sin necesidad de que yo se lo dijese. Iline era un buen muchacho, honrado, que no tenía pelo de tonto, pero que era algo lunático; sin motivo alguno se mostraba excitado á veces: ora se reía de todo, ora se quejaba de cualquier cosa; ora se ofendía sin razón.

Esta última predisposición de su espíritu era en él la más común, por desgracia. No decía nada, nos miraba á su padre y á mí con gesto furibundo y se contentaba cuando me dirigía á él con sonreírse de un modo humilde. Sabía ocultar bajo aquella sonrisa todos sus sentimientos, especialmente la vergüenza que le inspiraba su padre y que no podía menos de molestarle en presencia nuestra.

Empecé á vestirme.

—Así pues, Nicolás Petrovitch,—dijo el viejo, yendo tras de mí como un perro por la habitación y dando vueltas lentamente entre sus gruesos dedos con ademán respetuoso á la tabaquera de plata que le había regalado mi abuela,—ya está hecho.

Apenas he sabido por mi hijo este ruidoso triunfo, —todos conocemos su inteligencia de usted,— me he apresurado á venir á darle á usted mi enhorabuena, amo mío.

En mis tiempos le llevé á usted en brazos y Dios sabe que le quiero tanto como si fuese de mi familia. Aquí tiene usted á mi Iline que le suplica que le permita usted venir á verle, pues á él también le es muy grata su compañía.

Durante este discurso, Iline se había sentado junto á la ventana y parecía contemplar mi tricornio, pero en realidad decía no sé qué entre dientes, en tono airado.

—Quería preguntarle también, Nicolás Petrovitch,—prosiguió el viejo,—si mi Iline ha salido bien de los exámenes. Dice que vivirá con usted y en este caso espero que usted no lo abandonará, lo vigilará y le dará buenos consejos.

—Ha quedado muy bien,—respondí mirando á Iline, que advirtió mi mirada y cesó de mover los labios.

—¿Podrá pasar todo el día con usted?—preguntó el viejo con sonrisa tímida, como si le causase gran temor esta pregunta.

Desde que había entrado seguía todos mis movimientos como un perro, de modo que á mi pesar me veía obligado á aspirar el olor á vino y tabaco de que estaba impregnado.

Estaba ya más que aburrido, pues me colocaba en una falsa posición con respecto á su hijo. Le odiaba de todo corazón porque me distraía durante una operación tan seria como mi tocado y además por aquel hedor á borracho que me sulfuraba.

Todo esto concluyó por hacerme responder con frialdad que me era imposible permanecer con Iline porque debía pasar fuera casi todo el día.

—El señorito irá con seguridad á ver á su hermana,—dijo Iline sonriendo sin mirarme.—Por lo demás, yo también tengo que hacer.

Estaba cada vez más contrariado y aburrido. Para dulcificar un poco mi negativa me apresuré á explicarles que iba á salir porque tenía que ir á casa del príncipe Ivan Ivanovitch, á casa de la *princesa* Kornakof, á casa de los Zvi-

ne «*esos señores que tan alta posición ocupan*» y que comería de seguro en casa de la *princesa* Nekliudof. Me parecía que una vez enterados de la calidad de los personajes, á los que pensaban visitar, me dejarían en paz.

Cuando noté que se disponían á salir, dije á Iline que viniese otra vez, pero él se limitó á responder con un sonido inarticulado y sonrió con aquella sonrisa suya peculiar que no tenía nada de sincera.

Comprendí que estaba resuelto á no poner más los pies en mi casa.

Luego que se hubieron marchado, subí á mi coche para ir á hacer mis visitas. Por la mañana había pedido á Volodia que me acompañara porque estaba fastidiado, pero se negó á ello so pretexto de que habría sido demasiado sentimental el ir juntos los dos hermanos en el mismo coche.

CAPITULO LIX

En casa de los Valakhine

Por consiguiente, salí solo. La primera visita, la más próxima, fué para la señora Valakhine. Hacía tres años que no había visto á Sonia y mi pasión por ella se había desvanecido hacía tiempo, si bien conservaba de mi afecto un recuerdo vivísimo que aún me conmovía.

En aquellos tres años había pensado con tanta insistencia en la joven y me la representaba con tal precisión, que á veces sentía deseos de llorar y volvía á crearme enamorado. Todo esto, sin embargo, no duraba más que algunos minutos y se repetía sólo á largos intervalos.

Sabía que Sonia y su madre habían pasado dos años en

el extranjero. Se dijo en cierta ocasión que la diligencia en que viajaban había volcado y que Sonia, herida en la cara por un trozo de cristal, había quedado desfigurada. Por el camino recordé á la Sonia de otro tiempo, preguntándome como la encontraría ahora. A causa de los dos años pasados, me la figuraba muy alta, con gallardía de reina, seria é imponente, llena de atractivos. Mi imaginación se negaba á representársela con la cara llena de cicatrices. Después, habiendo oído hablar, no sé donde, de un amante que había permanecido siempre fiel al objeto de su amor, aun después de los estragos causados por la viruela, me esforcé en convencerme de que estaba enamorado de Sonia y aspiraba al mérito de serle fiel á despecho de todos los costurones.

La verdad es que ni siquiera pensaba en estar enamorado de veras, pero yendo á casa de los Valakhine me perseguían mis recuerdos, me sentía inclinado á enamorarme y lo deseaba ardientemente. Cabalmente corría para mí la época en que me avergonzaba, al ver á todos mis amigos enamorados de no estarlo como ellos.

Los Valakhine habitaban en un *chalet* de madera muy bonito que daba á un patio. Tiré del cordón,—las campanillas eran una rareza en Moscou,—y me abrió la puerta un criadito muy bien puesto.

No sabía ó no quiso decirme si la señora estaba en casa y desapareció por un corredor obscuro, dejándome en un recibidor bastante lóbrego.

Por algunos instantes permanecí solo en la pieza en que había una puerta cerrada además de la de entrada y la del corredor.

Me admiró el aspecto sombrío de la casa, pero pensaba por otra parte que así debía ser la casa de unas personas que han estado dos años en el extranjero.

Al cabo de cinco minutos el mismo criado abrió por dentro la puerta de la sala y me llevó á un saloncito mo-

desto pero muy bien dispuesto, donde casi al mismo tiempo que yo apareció Sonia.

Tenía diez y siete años. Era pequeña, delgada, amarilla y de aspecto enfermizo; en su cara no se notaba ninguna cicatriz, viéndose aún brillar los magníficos ojos y aquella sonrisa bondadosa y franca que yo le había conocido y por la que yo la amara en nuestra infancia. No esperaba encontrarla así y me fué imposible en el primer momento sentir por ella lo que había imaginado por el camino. Me apretó fuertemente la mano, á la inglesa, lo que entonces era tan raro en Rusia como las campanillas, y me hi o sentar junto á ella en un diván.

—¡Qué contento estoy de verle á usted, mi querido Nicolás!—dijo mirándome á la cara con gesto de sincera alegría y de un modo tal, que no creí notar nada de humillante en el tono amistoso en que pronunció las palabras: *Mi querido Nicolás.*

Estaba asombrado de encontrarla, después de su residencia en el extranjero, más sencilla aún, más gentil y afectuosa que antes.

Al fin descubrí dos pequeñas cicatrices, una cerca de la nariz y la otra en una ceja, pero los magníficos ojos y la sonrisa eran tales como las representaba mi recuerdo.

—¡Cómo ha cambiado usted!—me dijo.—¡Es usted casi un hombre! Y yo, ¿estoy muy cambiada?

—No la habría reconocido á usted,—respondí, aun cuando creía lo contrario.

Me sentía feliz como en la noche del baile, hacía cinco años.

—Ahora estoy más fea, ¿no es verdad?—preguntó agitando la cabeza.

—No, no, nada de eso,—me apresuré á responder.—Está usted algo más crecida, como que tiene usted algunos años más, pero la encuentro más linda...

—Bien, me es igual. ¿Se acuerda usted de nuestros bailes y de nuestros juegos? ¿no recuerda usted á Saint-Jérô-

me y á la señora Dorat? (yo no conocía á esta última; de seguro que el placer de recuerdos tan dulces le hacía confundirse.

—¡Ah! ¡qué hermosa época!—continuó con su sonrisa de otro tiempo, quizá más bella aún, y sus ojos resplandecientes.

Mientras hablaba, tuve espacio para meditar en mi situación y decidir si estaba ó no enamorado. Apenas hube tomado esta determinación, toda mi valentía se desvaneció; uno especie de niebla me privó de la vista de todos los objetos y aún de sus ojos y su sonrisa; me sentí tímido y me sonrojé sin acertar á hablar.

—Los tiempos han cambiado,—prosiguió ella, suspirando y arrugando ligeramente el entrecejo.—Todo ha empeorado, aun nosotros mismos; ¿no es verdad, Nicolás?

No supe qué responder y la miré en silencio.

—¿Qué ha sido de los Ivine y de los Kornakof? ¿No se acuerda usted de ellos?—continuó, observando con cierta curiosidad mi rostro encendido y confuso.—¡Ah, qué hermosos tiempos!

Tampoco esta vez pude responder, pero la venida de la señora Valakhine me sacó por un momento de aquella situación penosa.

Me levanté, saludé y recobré el uso de la palabra. En cambio Sonia se transformó de un modo extraño. Se desvanecieron en ella la alegría y la familiaridad; su sonrisa no era ya la misma, y se convirtió en la señorita educada en el extranjero, rígida y cortés, que yo había imaginado al venir. Esta metamorfosis no tenía aparentemente razón de ser, porque su madre había conservado su dulce sonrisa y la amabilidad que aparecía hasta en sus menores ademanes.

La señora Valakhine se sentó en una gran butaca y me indicó una silla á su lado; luego dijo algo en inglés á su hija, y Sonia salió en el acto, lo que contribuyó á que yo recobrase mi sangre fría.

La señora Valakhine me dirigió muchas preguntas sobre mi hermano, mi padre y toda mi familia. Después me habló del dolor que le había causado la pérdida de su marido.

Al fin, viendo que era imposible charlar conmigo, me miró como para decirme: «Deberías levantarte y salir, amiguito; sería la mejor idea que se te puede ocurrir.» Pero me sucedió una cosa extraña. Sonia había vuelto con una labor en las manos y se había sentado en la parte opuesta del salón: yo sentía sus ojos fijos en mí. Por otra parte, mientras la señora Valakhine me hablaba aún de la muerte de su marido, había tenido yo tiempo de recordar que estaba enamorado y de reflexionar que la madre hubiera debido advertirlo. Todo esto había producido un nuevo ataque de timidez tan fuerte, que no me atrevía siquiera á moverme.

Conocí que para levantarme y salir me vería obligado á prestar mucha atención al punto donde pondría los pies y que debía fijarme mucho en lo que haría de mi cabeza y de mis brazos; en una palabra, estaba poco más ó menos en estado semejante al de la noche anterior después de beber la media botella de champagne. El instinto me decía que no podría salir con lucimiento, que *no podría* siquiera levantarme y, en efecto, *no podía*. La señora Valakhine estaba asombrada de mi rubor y de mi completa estupidez, pero yo resolví que era mejor permanecer sentado, aunque en situación poco airosa, que cometer alguna barbaridad al levantarme ó al salir.

Permanecí, pues, inmóvil largo rato con la esperanza de que un acontecimiento imprevisto viniese á favorecerme. Y en efecto, el acontecimiento se presentó bajo la forma de un jovencito de ruin aspecto que entró como persona de la casa, saludándome con mucha gracia.

La señora Valakhine se levantó, se excusó diciéndome que tenía que hablar con su intendente y me miró con gesto perplejo que parecía decir: «Si quieres estar ahí cien

años, no soy yo quien te ponga en la puerta.» Hice un esfuerzo desesperado y me levanté, pero no me fué posible saludar. Me dirigí hacia la puerta, seguido de las miradas compasivas de la madre y de la hija, y preocupado con la idea de no tropezar en la alfombra, choqué con una silla que se encontraba bastante lejos de mi camino.

Al salir al aire libre, presa aún de la mayor ansiedad, lancé un sonido inarticulado, ó más bien una especie de gruñido, de modo que Kuzma tuvo que preguntarme dos ó tres veces lo que quería.

Al fin pasó la crisis y me puse á reflexionar con mucha calma en mi amor por Sonia y en las relaciones entre madre é hija que me parecían extrañas.

Cuando más tarde conté á mi padre mi impresión de que la señora Valakhine y su hija no aparecían muy de acuerdo, me dijo:

—Sí, la madre atormenta á la pobre niña con su horrible avaricia. Es extraño,—añadió con una emoción mayor que la que se puede sentir por una pariente lejana,—¡era una mujer tan amable, tan original! No se comprende este cambio. ¿No has visto en su casa á una especie de secretario? ¡Qué ideal ¡una señora rusa que tiene secretario!—añadió separándose de mí y torciendo el gesto.

—Le he visto,—respondí.

—Bien; ¿es al menos un buen mozo?

—No, es muy feo.

—No se concibe,—dijo mi padre moviendo con furia la cabeza y el hombro.—Heme, pues, enamorado,—me dije, continuando mi camino en coche.

CAPITULO LX

En casa de los Kornakof

La segunda visita estaba destinada á los Kornakof que ocupaban el primer piso de una casa muy grande. La escalera era majestuosa y muy bien cuidada, pero no de lujo, por lo que no se veían en ella flores ni espejos.

La sala que atravesé para ir al salón tenía el piso de madera encerada y estaba adornada con buenos muebles, pero todo era triste y frío. El mobiliario, aunque un poco viejo, era sólido á la vista y brillante; en las paredes desnudas no se veían ni cuadros ni adornos de ningún género. En el salón encontré un número regular de princesitas, sentadas, con el busto erguido y continente tan ceremonioso que hacía pensar en seguida: «Cuando no haya visitas abandonarán esa postura.»

—En seguida vendrá mamá,—me dijo la mayor sentándose junto á mí.

Estuvo hablando conmigo un cuarto de hora con arte y gracia tales, que la conversación no decayó, pero como se echaba de ver demasiada afectación en estas cosas no me agradó mucho. Entre otras cosas, me dijo que su hermano Esteban que, hacía dos años, había ingresado en la escuela de guardias nobles, era ya oficial. Al hablarme de su hermano y sobre todo cuando me contó que había optado por los húsares sin el consentimiento de su madre, pareció asustarse y las demás hermanas menores, que continuaban sentadas sin desplegar los labios, ofrecieron la misma expresión de terror. Habló de la muerte de mi abuela, afectando mucho pesar y las princesitas la imita-

ron. Al recordar el día en que pegué á Saint-Jérôme y en que éste me dió un tirón de orejas, se echó á reír, enseñándome unos dientes feísimos y las hermanitas rieron todas y mostraron dentaduras también feas.

Entró al fin la princesa. Era la misma mujercita enjuta y amarillenta y con la misma mirada fugitiva que no se detenía nunca en la persona á quien hablaba. Me cogió la mano y levantó la suya hasta mis labios. Confieso que no se me habría ocurrido la idea de besarle la mano sin una indicación, porque no me parecía que ello fuese indispensable.—¡Cuanto me alegro de verle á usted!—dijo con su agria vocecilla, echando una ojeada á sus hijas. ¡Cómo se parece á su madre! ¿No es verdad, Elisa?

Elisa respondió afirmativamente. (Yo sabía muy bien que no me parecía en nada á mi madre.)

—¡Es usted todo un hombre! Y mi Esteban... ¿se acuerda usted?... es primo hermano de usted... no primo hermano... ¿Cómo es, Elisa? Mi madre se llamaba Bárbara Dmitricona, hija de Dmitri Nikolaievitch, y su abuela de usted Natalia Nicolaievna.

—Entonces son primos en cuarto grado,—dijo la mayor de las princesitas.

—¡Tú lo embrollas todo siempre!—le gritó con aspereza la madre.—No, no es primo en cuarto grado; él y Esteban son hijos de primos hermanos. Esteban... ¿no lo sabe usted? es ya oficial. Sólo le apena una cosa: el tener demasiada libertad. ¡La juventud necesita mucho freno!... No tome usted á mal que su tía le diga á usted la verdad, He educado á Esteban severamente y estoy convencida de que es necesario obrar así... ¡Ya lo he encontrado! He aquí nuestro grado de parentesco: el príncipe Ivan Ivanovitch es tío mío y era tío de su madre de usted. Yo era pues prima hermana de su madre de usted y no hija de primos suyos... A propósito, dígame usted, amigo mío, ¿ha estado ya en casa del príncipe Ivan?

Respondí que iba á visitarle en seguida.

—¿Es posible?—exclamó.—Esa debía haber sido su primera visita. Sepa usted que el príncipe Ivan Ivanovitch es para usted como un padre, puesto que no tiene hijos. Usted y los míos son sus únicos herederos. Es preciso cuidarle mucho á causa de su edad avanzada, de su situación y de lo demás. Sé que la juventud de hoy día no tiene para nada en cuenta los lazos de familia y que no ama á los viejos, pero crea usted á su tía que le quiere bien, y que amaba tanto á su madre de usted; también quería mucho á su abuela y la he respetado muchísimo. Es indispensable que vaya usted á su casa.

Le prometí que iría sin falta y me levanté. La visita me había parecido bastante larga, hice por marcharme, pero me detuvo aún.

—No, aguarde usted un minnto. ¿Dónde está su padre, Elisa? Vaya usted á buscarle. Se alegrará mucho de verle á usted,—continuó volviéndose hacia mí.

Al cabo de dos minutos entró el príncipe Mikhail, un hombrecillo medio jorobado, mal vestido, con la barba crecida y una expresión tan indiferente que rayaba en estupidez. No se alegró de verme, ó por lo menos, no dió la menor muestra de ello.

La princesa, á la que él temía mucho, le dijo:—¿No es verdad que Valdemar (había olvidado mi nombre) se parece mucho á su madre?—Y acompañó estas palabras con una mirada que le exigía una respuesta afirmativa. El príncipe se acercó á mí y me tendió con abandono su mejilla que no estaba afeitada de algunos días y que me ví obligado á besar.

—¿Aún no estás vestido? ¡Y tienes que salir!—repuso la princesa con voz áspera, una voz que parecía serle habitual cuando se dirigía á las personas de su familia. ¿Quieres disgustarles? ¿No quieres demostrarles tu solicitud?

—Ya voy, ya voy, madrecita,—dijo el príncipe Mikhail se fué.

Yo saludé también y salí.

Por la primera vez supe que éramos los herederos del príncipe Ivan Ivanovitch, noticia que me causó pésima impresión.

CAPITULO LXI

En casa de los Ivine

Después de esto, la visita indispensable que debía hacerle me fastidiaba más aún. Pero antes de ir á casa del príncipe debía pasar por la de los Ivine que se encontraba al paso. Habitaban una casa grande y muy hermosa en el boulevard llamado de Tverskoe. Atravesé el umbral de la puerta cochera con cierto sentimiento de temor. El suizo que desempeñaba el papel de portero me saludó agitando su bastón de grueso pomo.

Cuando subía la escalera me pareció empequeñecerme en el verdadero sentido de la palabra, impresión que ya había notado cuando mi carretela se detuvo ante la escalinata. Carretela, caballo, cochero, todo me pareció que se había empequeñecido ante aquella suntuosidad.

Encontré al más joven de los Ivine que estaba durmiendo tendido en un diván con un libro abierto en la mano. Su preceptor que me había seguido le despertó; el joven no manifestó la menor alegría al verme y al hablarme me miraba á la frente.

Aun cuando se mostraba amable, me pareció que no sentía el menor afecto por mí y que no veía la necesidad de trabar amistad conmigo, teniendo ya sin duda amigos de una clase diferente de la mía. Todo esto lo leí yo en su cara y particularmente en la manera de mirarme las cejas. En una palabra, y por más trabajo que me cueste

confesarlo, me trató poco más ó menos como yo trataba á Iline. Mis nervios empezaban á sobreexcitarse. Había sorprendido al vuelo una mirada que Ivine dirigió á su preceptor y en la que leí esta pregunta:

—«¿Qué viene éste á hacer aquí?»

Después de algunos minutos de conversación, Ivine me dijo que su padre y su madre estaban en casa y le rogué que me presentase á ellos. Me hizo pasar á un gabinete junto al salón, en el cual entró su madre casi al mismo tiempo que nosotros, por otra puerta. Me acogió con mucha cordialidad, me hizo sentar junto á ella y con mucho interés me pidió nuevas de toda nuestra familia.

La señora Ivine, á quien yo había visto solamente una ó dos veces y á la que entonces pude observar á mi gusto, me fué muy simpática.

Era alta, delgada, muy blanca y tenía un aire triste y abatido. Su sonrisa era melancólica, pero de una bondad inmensa; sus grandes ojos fatigados y algo bizcos le daban una expresión aún más triste y atractiva. Ya estuviese en pie, ya sentada, su cuerpo parecía agotado y aniquilado. Hablaba muy despacio y su pronunciación era tan defectuosa, que no se comprendía bien lo que decía; á pesar de esto, el timbre de su voz y su modo de hablar eran extremadamente simpáticos. Noté que se tomaba un interés melancólico por cuanto yo le refería de mi familia como si mis respuestas le recordasen tiempos mejores.

Su hijo se fué. Ella me consideró un instante en silencio y de repente se echó á llorar. Me quedé sentado ante ella, no sabiendo qué hacer ni qué decir mientras que ella continuaba llorando sin mirarme. Mi primer movimiento fué de compasión y luego me pregunté: «¿Será preciso consolarla? ¿cómo debo hacerlo?»

Al fin sentí una especie de irritación contra ella por haberme colocado en una situación tan falsa: «¿Acaso puede mi aspecto excitar tanta compasión?»—pensaba,—«¿ó lo hace adrede para ver como me conduzco en estos casos?»